

Nota crítica sobre «Los significados del 98»

JOSÉ SÁNCHEZ JIMÉNEZ
Departamento de Historia Contemporánea (UCM)

En el pasado mes de abril se publicó en Biblioteca Nueva, con el patrocinio de la Universidad Complutense el libro colectivo *Los significados del 98*, siendo sus editores Octavio Ruiz-Manjón y Alicia Langa. El libro recoge la mayoría de las ponencias y comunicaciones del Congreso de igual nombre celebrado en dicha universidad en Octubre de 1998.

El '98 es un hito; un punto de referencia; un modo de denominar la crisis de la España tradicional, la del sistema político ideado y llevado a buen puerto por Cánovas del Castillo, la de una Constitución de «doble cara», legal y real, con el caciquismo como «fórmula ortopédica», y con una «revolución por hacer», cuya manifestación más inmediata es una «crisis de identidad nacional» —la expresión es de Alfonso Ortí— provocada por los tácitos temores a una desmembración del Estado español ante el surgimiento de los «nacionalismos periféricos» en las regiones que gozaban del «mayor potencial de desarrollo».

Estos temores y recelos alumbraron de alguna manera proyectos, ilusiones y objetivos —*todavía no resueltos muchos de ellos en la actualidad*—, presentes en el «preconsciente colectivo» en forma de «miedos» frente a la toma de conciencia y a la «denuncia» de estructuras retardatarias ligadas férreamente a la dominación de la «gran burguesía patrimonialista», parapetada en la defensa de la propiedad, centralista, y dueña de una fuerza y un dominio oligárquicos que se respaldaban en una Monarquía sólo formalmente parlamentaria y que luchaba por rechazar y anular cualquier forma de desarrollo «socializador».

El '98 se convirtió, en fin, en espejo, cuando no epicentro, del «conflicto» hasta entonces más o menos larvado entre un régimen, que en 1902 describiría Joaquín Costa como de «oligarquía y caciquismo», y una sociedad en transformación a la que no resultaba posible controlar ni siquiera mediante aquellos bienintencionados «supuestos regeneracionistas» que no lograron desviar la pesada «crisis del parlamentarismo». En 1914 será Ortega y Gasset el que se refiera a la Restauración como «un panorama de fantasmas», a Cánovas como «el gran empresario de la fantasmagoría» y a la sociedad española como una so-

ciudad «desvertebrada» a consecuencia del «divorcio» entre la España oficial y la España vital.

El '98, que no llegó a producir cambios políticos esenciales, al menos de momento, sí pudo generar, como recientemente ha señalado J. P. Fusi, una «profunda crisis de la conciencia nacional», una «intensa reflexión sobre España y su significación en la historia», «exigencias de cambio, de reformas, de regeneración», y la «irrupción de los nacionalismos periféricos en la política española» que hicieron finalmente viable la «reforma de la administración local y provincial», definidas también por Ortega, en 1927, como «la sublevación de las provincias contra Madrid».

El rico y voluminoso libro que se reseña —y que los editores ofrecen como «una completa radiografía» de la España de 1898 y de los efectos que aquella crisis tuvo en los años posteriores— tiene su base, como ya se ha indicado, en las ponencias y comunicaciones del Congreso Internacional, Los significados del 98, celebrado a finales del año del Centenario; y ha sido además resultado, cuando no efecto, de los encuentros con que la Universidad Complutense, y de manera más inmediata su Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia, plantearon la celebración de un Congreso preparatorio de este crucial evento, y de la no menos importante reflexión con que en los Cursos de Verano de El Escorial se conmemoraba la muerte de Cánovas del Castillo, al tiempo que se dilucidaba en torno a la posibilidad de cohonestar tradición conservadora e instituciones democráticas.

Vino, además, precedido por la celebración, a fines de 1995, de un primer Encuentro, organizado igualmente en el Departamento de Historia Contemporánea ya aludido, al que acudieron especialistas americanos y europeos, y del que dieron también cuenta dos volúmenes, publicados por el Departamento de Historia Contemporánea y por la editorial Biblioteca Nueva, respectivamente; el primero, en 1996, con el título Antes del «desastre»: orígenes y antecedentes de la crisis del 98; y el segundo, en 1997, con la denominación Vísperas del 98; ambos compilados por los profesores J. P. Fusi y A. Niño.

Cincuenta y nueve trabajos componen esta más reciente y sugestiva reflexión, que aquí aparece recogida y ordenada, con criterio no siempre claro, en cuatro sendas partes —vida política, sociedad y economía, vida intelectual y reflexiones generales—; que se entienden hilvanadas y con la disposición y jerarquía con que habitualmente se suceden las intervenciones de gran parte de estos Encuentros. El criterio interno, el marco, el objetivo que se utiliza y se busca parecen implícitos; sin que lleguen a avizorarse de manera clara los esquemas o las estrategias que hayan podido servir tanto a la hora de partir de la «vida política» como cuando se encierran en forma de «reflexiones generales» lo que pudo quedar situado en cualquiera de las partes anteriores, o de forma más explícita a manera de conclusiones más concretas.

Leídos de uno en uno, la gran mayoría de los trabajos cumple su cometido. Todos ellos son elaboraciones que enseñan, descubren, explican lo que en pri-

mera instancia se busca. Pero a la hora de fijar la conformación de un corpus, con estructura interna y relación múltiple e integradora, extraña la no del todo clara síntesis, porque cuesta trabajo descubrir e interpretar esa vía definidora de una marcha de lo general a lo particular, del plazo corto al intermedio o al largo, del anuncio de una «problemática» al asomo de soluciones o resultados, sin que los diversos flecos queden debidamente ensamblados.

El diseño interno del volumen no queda mínimamente claro; y en alguna de las partes, y más en la tercera, resulta especialmente complicado poner orden, en cuanto de «vida intelectual» se trata, en conceptos tan ricos y sugerentes como modernismo, crítica a los «mayores», regeneracionismo, estética, espectáculos, ciencias e instituciones científicas...

A este lector —y se indica sólo por vía de ejemplo— le ha interesado sobre todo, en cualquiera de los prismas de análisis planteados, cuanto se refiere a estrategias y decisiones nuevas, frente al predominio de unos supuestos y compromisos de «tradición» que apenas son removidos más allá del cambio de unas costumbres, o «rutinas», por otras que, pese a todo, apenas pueden referirse como nuevas.

Habrà que preguntarse por la «inspiración» que pueda provocar el '98 un siglo después. Habrà que prescindir, o reducir al menos, la «visión hagiográfica» hoy imperante sobre procesos siguientes, incluido el «proceso de transición postfranquista»; habrá que inquirir si es obligado seguir haciendo hincapié en la dependencia y el semidesarrollo que grandes sectores de la sociedad española continúan manteniendo; se deberá insistir en la necesidad y la urgencia de una mayor democratización del Estado; parece además lógica la demanda de una «reforma social» más profunda, mayores esfuerzos educativos, dado el carácter atrasado y desigual de la sociedad española; y será de obligada proclama la necesidad de una reflexión mayor y más profunda sobre la necesidad de «una conciencia histórica» atenta a la renovación de conflictos mundiales ante los que España se vino encontrando, por su debilidad histórica, en una situación de todavía mayor vulnerabilidad social.

Por otra parte, y en medio de esta crisis del «optimismo progresista burgués» al que se habían referido primero W. Sombart y más adelante Ch. Morazé, la constitución de un mercado mundial que dará lugar a esa etapa de Gran Capitalismo y de expansión imperialista que desembocan en la Primera Guerra Mundial, las pequeñas potencias, como España, se verán obligatoriamente forzadas a dejar tranquilo, en reposo que no en olvido, su «pasado», y a optar por un «futuro» en el que el «hacer» y el «proyectarse» dominen sobre el tener y incluso sobre el ser. A la hora de planear «futuros» se hacen indispensables rupturas y desgarros que resultan eficaces a la hora de poner fin a defensas y a planteamientos autárquicos, rutinarios y costumbristas, los más denunciados y acusados desde aquella creación intelectual, literaria y artística que acabó definiéndose como «Generación», y refiriéndose al «'98» como epítome identificativo de una respuesta distinta a la que el conservador Silvela calificaba como «dolor mudo»; el «sin pulso».

Dotados del «espíritu crítico» del regeneracionismo —hoy de nuevo tan escaso como imprescindible—, la «soledad» de España tratará de ser barrida mediante una reforma intelectual y política que, por desgracia, apenas supo o pudo tener en cuenta —y conviene reiterarlo— las «reformas sociales» necesarias, cuyo olvido, resistencia y miedo no pueden ser preteridos cuando se trate de explicar la gradación de conflictos sociales que casi a borbotones se suceden: Semana Trágica, crisis de 1917, Dictadura primorriverista, República y Guerra Civil. En todos ellos se manifiestan, como «denominador común», los injustos desequilibrios y las enormes desigualdades sociales que acabaron conduciendo a conflictos catastróficos para todos en su trayectoria y en sus resultados.

Para Ortega y Gasset, la «regeneración» del país pasaba por la «europeización» de España, por su apertura al «liberalismo», a la «nacionalización», a la «vertebración» y al «equilibrio», más allá de las crisis de liderazgo, de identidad e incluso de función que acabaron padeciendo, con algunas aunque muy honrosas excepciones, los partidos dinásticos. Desde luego que, tras la muerte de Canalejas, la «crisis» se generaliza aún más; y, pese a la popularidad del Rey, el malestar y el descontento, no sólo sociales, acabaron desbordando el sistema político y desbaratando el orden público.

La Dictadura primorriverista supuso la vuelta al encapsulamiento como forma rápida —y sólo a muy corto plazo— de evitar problemas, rupturas y soluciones; al tiempo que se olvidaban promesas y compromisos pendientes, bien se tratase de reformas territoriales o de las necesarias transformaciones constitucionales.

Tampoco bastaba, como explicación o como consuelo hoy en exceso empleados, con referirse a la excepcional situación por la que pasaba Europa. El régimen español pudo haber evolucionado, pero no lo hizo; y las sucesivas crisis y los conflictos en riada abocaron finalmente a repetidos «desastres», que desde el '98 han sido tan frecuentes que para muchos acabaron resultando, al menos en su más liviana interpretación, prácticamente «naturales».

España ha vivido, no obstante, a lo largo de este siglo con «nostalgia de Europa». Si se atiende a la realidad histórico-social de los últimos cuarenta años —por referir sólo la corta vida de la «Integración europea»— el ingreso en Europa ha sido casi de continuo noticia; al menos desde que, en 1962, Fernando María Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, solicitara del Presidente del Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea «la posible vinculación de mi país con la Comunidad Europea en la forma que resulte más conveniente para los recíprocos intereses».

Algunas de las reflexiones últimas, las que ocupan la última parte del volumen, atienden a datos, hechos y procesos en los que más recientemente se han proyectado y conseguido objetivos dignos del mayor elogio: la modernización versus resistentes «arcaísmos», la atención a la «ciencia» junto al análisis de los paralelismos entre el «ayer» y el «presente», el despertar la «cultura», o, como señala I. Sotelo, la reacción frente al fracaso histórico, la ampliación, re-

lativa, de primacías económica y cultural que en el '98 no consiguieron asegurar el desarrollo pacífico y la consolidación de una España liberal, democrática, estable y fuerte ante conflictos internos y frente a la crisis mundial.

Los mayores avances y los más sugestivos «despegues» fueron económicos y culturales, que no lograron ciertamente ahuyentar el drama de la guerra civil, pero que sirvieron para provocar primero y conseguir más tarde un sistema político firme, estable, eficaz y abierto a cambios. El sistema social, sin embargo, no ha logrado todavía repeler viejos «fantasmas» cuyo análisis o diagnóstico parecen ausentes en la articulación y desarrollo del proceso, y, por ende, del volumen que nos ocupa.

La obra «merece la pena». Los materiales son abundantes; las expectativas, las sugerencias, los problemas, los prismas de visión complementarios revelan y constatan inquietud, trabajo, resultados. Es lástima que no haya podido ser incluida la magistral y sugerente conferencia del profesor Laín Entralgo que inauguraba el Congreso. Comenzó preguntándose por el «ser de España» en 1898; y terminó interrogándose por la presente confusión en torno a la realidad de «España» y a las formas no siempre claras y precisas con que a lo largo de los últimos años se han venido considerando y tratando nostalgias, fervores, imprecisiones, sugerencias, etc., en sintonía con una vida larga, jugosa y bien merecida.

Para los editores de la obra, el '98 fue el «revulsivo» para hacer realidad las transformaciones económicas, el desarrollo cultural y la afirmación de la democracia a comienzo de los años 30. La lectura de esta obra sobrepasa, sin embargo, conscientemente o no, el período o época así acotada; para despertar hoy inquietudes, interrogantes, dudas, expectativas. Éste es también su mérito. Dispone además a pensar en el «hoy»; y, en cuanto sea factible u operable, a no olvidar ni prescindir del mañana.